



Est. de J. Doren. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

ZAIDA (MUJER DE ALFONSO VI)

ZAIDA.

MUGER DE ALFONSO VI.

I.

De gentil apostura y noble continente, engrandecido por la victoria y celebrado por las altas prendas de corazón y entendimiento que le adornaban, Alfonso VI llenaba con la justa fama de sus gloriosas empresas todos los ámbitos de la península, llegando á tanto el cariño que supo inspirar á sus vasallos que, segun una piadosa tradicion leonesa, poco antes de su muerte las duras losas del pavimento de San Isidoro sudaron agua durante muchos dias, como anunciando la pérdida de tan gran monarca.

Conquistador de Toledo, victorioso en Extremadura y Portugal, colmado de laureles y con todo el esplendor del triunfo, llegó á verle una muger jóven é impresionable y en aquel momento decidió para siempre su destino. De sangre real era tambien la doncella, aunque el abismo de una falsa creencia la separaba del hombre que le habia inspirado el primer amor; pero prudente y honesta, supo ocultarlo en lo mas recóndito de su pecho, hasta que una combinacion, feliz para ella, de acontecimientos, le permitió hacer digno alarde de aquel purísimo cariño.

Los azares de la guerra habian sido causa de que el rey moro de

Sevilla Ben-Abed, comprendiendo el incontrastable poder de Alfonso, buscára su alianza; y con tal motivo tuvo ocasion de conocer al monarca de Castilla la hermosa Zaida, hija del sevillano rey, amándole desde entonces tiernamente, aunque procurando ocultar su cariño. Pero, como es muy difícil que existan secretos en el corazón de los hijos, que no lea como en libro abierto el cuidadoso amor de los padres, Ben-Abed adivinó bien pronto el amor de su hija y quiso hacerla feliz aun á costa de su misma ventura.

Harto conocia el infel la insuperable barrera que separaba á Zaida y Alfonso; demasiado comprendió el peligro á que iba á esponer la honra de su hija, entregándola al Rey de Castilla sin que los lazos del matrimonio autorizasen aquella union: mas prefiriendo á todo la dicha futura de Zaida, adivinando acaso, que aquel amor la conduciría á los mismos altares ante los que se prosternaba Alfonso, y teniendo una fe ciega en la hidalguía y caballeridad del conquistador de Toledo, no vaciló en entregarle, como prenda de amistad y á título de esposa futura, á su hija dándole al mismo tiempo en calidad de dote los pueblos de Vilchez, Alarcos, Mora, Consuegra, Ocaña y otros del territorio toledano.

Hermosa era la mora y adornada de singulares prendas; pero enlazado Alfonso con Doña Berta, si pudo inspirarle amor al rey, supo éste contenerse en la línea del deber, pues no encontramos dato alguno, ni documento del que pueda inferirse que la mas ligera nube de impureza manchára el nombre de la hermosa musulmana.

La muerte de la reina en el año 1095 precipitó los acontecimientos. Don Alfonso que veía crecer de día en día á su hermosa prometida en gracias y en virtud, llegó á amar tiernamente á la jóven mora, y uno y otro desearon unirse con legítimos lazos. Insuperable barrera ofrecía para ello la diferencia de fe religiosa, pero unidos en el corazón de Zaida el amor de Alfonso y la cristiana creencia, hicieron que renunciase á la de sus padres. Abrazó pues el cristianismo recibiendo al bautizarse el nombre de María Isabel; y libre ya el rey de todo compromiso por la muerte de su esposa, realizó solemnemente su deseado enlace

con Isabel Zaida, union que bien pronto bendijo el cielo con el nacimiento de un príncipe, fruto de su amor y heredero de su trono.

Desde el día de tan dichoso enlace la hija de Aben-Abed, ferviente cristiana, amante esposa y respetada reina, empieza á aparecer en las cartas y privilegios en union del monarca, que enamorado profundamente de su reina compañera, quería enlazar siempre el nombre de Isabel al suyo, no hallando voces bastantes con que explicar el amor que le inspiraba y las virtudes que la enaltecian. Así es que con frecuencia la llama *amantissima* y *dilectissima*, llegando en su disculpable entusiasmo á calificarla de divina *Elisabeth, regina divina*¹. Pero ¡ay! que la ventura humana es pasajera; y trascurridos breves años desde el día en que se unieron Alfonso y Zaida, ésta cerró para siempre los ojos á la luz, perdiendo la vida al darla á un nuevo fruto de su amor.

No puede fijarse el año de su muerte, pues Sandoval, que es el único antiguo cronista que trata de ella, se contenta con decir, «que solo aquel que la llevó para sí sabe el tiempo en que murió²»; y los epitafios de Sahagun y Leon, guardan tambien silencio acerca de ello, por mas que el diligente Padre Florez por una serie de inducciones que así pueden aplicarse al año 1099 como á otros, pretenda fijar en este el del fallecimiento de Zaida³.

El primero de dichos epitafios decia así:

UNA LUCE PRIUS SEPTEMBRIS QUUM FORES IDUS
SANCIA TRANSIVIT FERIA II HORA TERTIA
ZAIDA REGINA DOLENS PEPERIT.

En Sahagun fué sepultada inmediatamente despues de su muerte, la hija de Ben-Abed, autorizando para creerlo así la minuciosidad con que expresa el epitafio que murió por la mañana y á la hora de

¹ Sola, citado por Romey. Desde 1095 hasta su muerte, aparece Zaida como reina en todas las cartas y privilegios de Alfonso VI, como puede verse en el libro Becerro de la Iglesia de Astorga.

² Sandoval, Cinco Reyes.

³ Atendiendo á que en 1108 contrajo nuevas nupcias el monarca, fja Lafuente en 1107 el fallecimiento de Zaida.